

LOS ESCRITOS POLITICOS DE MAX WEBER: LA POLITICA COMO LUCHA CONTRA EL DESENCANTAMIENTO

JUAN CARLOS PORTANTIERO*

Se puede calificar la honradez de un intelectual contemporáneo (...) por la postura respecto a Nietzsche y Marx. Quien no admita que no podría llevar a cabo lo más importante de su trabajo sin contar con la obra de estos hombres se engaña a sí mismo y engaña a los demás. Nuestro mundo intelectual ha sido moldeado en su mayor parte por Marx y Nietzsche. (Max Weber)

I

Es evidente en la producción sociológica actual un *revival* weberiano. El dato se hace particularmente notorio si se examina la literatura sociopolítica de filiación marxista, sobre todo europea. En Europa —y especialmente en Italia— tiene lugar un descubrimiento tardío de Weber que no puede ser disociado de la “crisis del marxismo” entendida en su sentido más hondo; como percepción, a menudo patética, de que existen preguntas sobre el mundo contemporáneo que ni Marx ni los marxismos pueden responder. Otra omnipotencia teórica se ha desmoronado (¿que quiere decir, hoy, ser marxista?) y en los espacios abiertos por esa caída, obras monumentales como las de Weber adquieren, inevitablemente, el carácter de un estímulo irremplazable. El viejo problema de la relación entre Marx y Weber (que siempre preocupó a éste y que impregnó en los veinte y principios de los treinta a la crítica alemana y centroeuropea en general) vuelve a ser planteado ahora como un interrogante crucial.

El dilema sobre la oposición y/o complementación entre ambos autores, que fuera desnaturalizado por ese elegante edificio de síntesis conceptual con que Parsons, a mediados de los treinta, corona

la ciencia social “burguesa”, reaparece hoy luego que también el marxismo oficial (notablemente en la versión domesticada de Lukacz, discípulo de Weber que escribe *La destrucción de la razón*), lo arrojó a la fosa común del “irracionalismo” y del protonazismo.

Pero más allá de los silencios o de las negaciones, la frase atribuida a Weber que coloco como epígrafe encierra una de las más altas posibilidades para encarar una crítica de la razón contemporánea (y no sólo de la razón capitalista), con la condición de que a los nombres de Marx y Nietzsche se le agreguen, por lo menos, el de Freud y el del propio Weber.

Fue en nuestro idioma y gracias a los “*transterrados*” españoles en México donde se publicó, a principios de los cuarenta, la primera versión no alemana de *Economía y sociedad* (aparecido originalmente en 1922); veintiséis años pasaron desde esa pionera edición de Fondo de Cultura Económica para que apareciera una versión completa del libro en inglés. En el mundo cultural anglosajón Weber había llegado a través de los filtros de Parsons (aunque habría que agregar su recuperación más marginal hecha por ese magnífico *outsider*

* Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), México.

política en la Alemania posmarckiana. El ocaso de los *junkers* y la desaparición "del más grande de ellos" lleva al joven Weber a preguntarse si alguna clase está en condiciones, en Alemania, de asumir la representación de la nación, de constituir al Estado que, contra toda la metafísica política alemana desde Hegel en adelante, no es para Weber algo indefinido, místico, "sino la organización terrenal del poder de la nación", en un mundo en el que todos los procesos sociales son "luchas de dominio"⁵.

Weber, frente al crepúsculo del proyecto bismarckiano se interroga, en primer lugar, si la burguesía alemana estará en condiciones de asumir esa función política vacante. "Soy un miembro de la clase burguesa, me siento como tal y he sido educado en sus puntos de vista y en sus ideales. Pero es tarea propia de nuestra ciencia decir aquello que no se escucha de buen grado y cuando me pregunto si hoy la burguesía alemana está madura para convertirse en la clase política dirigente de la nación veo que no estoy en condiciones, hasta la fecha, de responder afirmativamente" (I, pág. 25). Mientras una parte de la gran burguesía "siente demasiado abiertamente la nostalgia de un nuevo César que la proteja", otra porción "está hundida en el filisteísmo político" (I, pág. 26).

En el otro extremo, ¿podría esperarse que el proletariado asumiera esa tarea? Weber considera que tampoco éste se halla políticamente maduro y que no lo estará mientras sea dirigido (y aquí resume todo su encono contra la socialdemocracia) por "una camarilla de periodistas", por "burgueses desclasados", por "maestrillos políticos (que) carecen de los grandes instintos de poder de una clase llamada a la dirección política" (I, pág. 27). La mayor amenaza que se cierne sobre Alemania es que la burguesía parece imposibilitada para portar sobre sí los intereses de potencia de la nación y la clase obrera no ha madurado políticamente como para sustituirla. En este texto, que habitualmente ha sido considerado como la prueba más flagrante del "nacionalismo-imperialista" de Weber (sin que el calificativo sea exagerado) aparecen varias claves para entender el desarrollo futuro de su pensamiento. Weber es un hijo legítimo de ese mundo alemán guillermino trabado, en la posibili-

dad de construir un liderazgo político a la altura del inaugurado por el fundador de la unidad alemana y que irá descubriendo dramáticamente la imposibilidad de la emergencia de una clase dirigente capaz de consolidar a su patria como potencia.

En este sentido había asimilado la lección que acerca de la relación entre economía y Estado proporcionaba el desarrollo capitalista "tardío" de Alemania. La reflexión sobre esa *revolución desde arriba* encarnada en el "canciller de hierro" ("el Estado alemán no ha sido fundado por la fuerza autónoma de la burguesía"), habrá de contribuir a alejarlo de concepciones teóricas calificadas como sociocéntricas —marxismo y liberalismo— y, de alguna manera, a invertir ese esquema, pero no para fundar una metafísica del Estado sino una sociología de éste.

El marxismo de la II Internacional y el liberalismo eran incapaces, en la percepción de Weber, de dar cuenta de situaciones del tipo de la expansión capitalista alemana de finales de siglo: habían sido pensados para (y en) momentos anteriores: típicamente la historia inglesa de las postrimerías del siglo XVIII y la primera mitad del XIX.

La distinción entre poder económico y poder político, con la posibilidad empírica de otorgar primacía al segundo sobre el primero —lo que será una clave central de su sociología— está afinada en el examen del "caso" alemán que, por otra parte, iba a ser mucho más regla que excepción en los procesos de desarrollo capitalista. En este plano es donde el pensamiento weberiano se torna más sugerente para enfocar los procesos de construcción de la sociedad civil y el Estado en América Latina, genéricamente caracterizables por la "producción" de la primera por el segundo, en el cuadro de un tipo de desarrollo capitalista no sólo "tardío" sino también "dependiente".

III

La hipótesis de trabajo escogida por Weber implica un proceso de elaboración teórica que desde lo político llega a lo eco-

⁵ *Escritos políticos*, cit., tomo I, pág. 18. A partir de ahora las citas de esta edición figuran en el texto.

nómico y no al revés. Esta es, finalmente, su crítica principal al paradigma marxista, en la medida en que aprecia que las hipótesis principales sobre las que éste se sostiene (y que le llevan a privilegiar el conflicto entre clases por sobre el resto de los conflictos sociales) empobrecen la posibilidad de conocimiento de la compleja articulación de la sociedad. El conflicto entre clases sería para él sólo uno de los conflictos posibles en el mundo moderno pero no necesariamente más importante que los que tienen lugar entre grupos políticos o entre naciones. El capitalismo moderno configura un tipo de dominación cuya explicación no se agota en la dimensión que alude a la propiedad sobre los medios de producción. El proceso de expropiación de los trabajadores libres, señalado por Marx, no se limita al campo de la producción sino que engloba la totalidad de los órdenes institucionales: en todos ellos se opera una "separación" entre agentes y medios. En ese proceso, la constitución de un Estado legal-racional es la condición original, prioritaria, de la racionalización económica capitalista.

Lo que la realidad de su época le muestra es la culminación de ese proceso, cuando el Estado interviene directamente sobre la economía y trata de organizar a las masas, como preventivo de su irrupción, marcando así la crisis definitiva de la sociedad liberal y de la utopía que la sostenía. En un texto de 1906 comenta: "Es verdaderamente ridículo atribuir al capitalismo maduro de hoy (...) una afinidad con la democracia y la libertad cualquiera sea el sentido que se quiera dar a esas palabras" (II, pág. 397).

La sociedad moderna es un sistema de grupos e instituciones y no de "ciudadanos" y su estudio no podría ser abordado a través de un esquema reductivo del Estado a la sociedad y de ésta al individuo, en la versión contractualista liberal, o a la clase, como actor preconstituido, en el modelo del marxismo. Sólo un enfoque sociológico colocado más allá de toda filosofía de la historia, podría permitir desentrañar el núcleo de la política y del Estado modernos. "Desde el punto de vista de la sociología —escribe—, el Estado moderno es una 'empresa' con tanta propiedad como una fábrica: en esto consiste su rasgo histórico específico" (I, pág. 76). Y agrega que la separación

del trabajador de los medios materiales del trabajo, "de los medios de producción en la economía, de los medios bélicos en el Ejército, de los medios monetarios en todos ellos, de los medios de investigación en el instituto universitario y en el laboratorio, es común ('como fundamento económico decisivo') tanto a la empresa político-militar estatal moderna como a la economía capitalista privada" (ibídem).

Así, el mundo moderno, regulado estatalmente por el monopolio del saber especializado, de la racionalidad formal, es insalvablemente hostil a la democracia: la presencia de las masas en él no resulta en una mayor participación sino en una creciente burocratización. Weber busca quebrar así toda ilusión acerca de una expansión creciente de la libertad humana como consecuencia del "progreso".

IV

En estas condiciones, ¿en qué lugar se ubica dentro del horizonte conceptual (y vital) de Weber la problemática del socialismo? En julio de 1918 y ante un público compuesto por 300 oficiales del ejército austríaco, pronuncia en Viena una conferencia sobre el tema. El eje de la discusión es éste: esa burocratización universal en que remata el proceso de "separación" capitalista ¿podrá ser conjurada o al menos moderada por el socialismo? La respuesta es negativa: esa situación no es algo peculiar de la economía, ni siquiera de la economía privada. Debido a la naturaleza del desarrollo técnico la "separación" entre el trabajador y el medio de producción subsistirá: "nada cambia en absoluto si se modifica el modelo del aparato, si lo preside el jefe de Estado o un ministro en lugar de un industrial" (II, pág. 229).

Weber sugiere la posibilidad de dos formas institucionales de socialismo. El "socialismo estatal", que pondría en práctica una economía planificada a través de una dictadura que sería ya "no de generales sino de cabos", pero que en realidad significaría la subordinación del obrero al empleado. Este esquema —escribe Weber— "sería socialismo aproximadamente en el mismo sentido que lo fuera el imperio egipcio antiguo" (II, pág. 152). La otra forma podría ser la del autogobierno de los trabajadores: allí el resultado sería la

total ineficiencia, porque la economía moderna no puede ser guiada sino por una burocracia profesional especializada. El drama de este socialismo es, para Weber, que "los dominados no pueden prescindir del aparato de dominio burocrático ya existente ni sustituirlo por otro, pues se basa en una metódica síntesis de entrenamiento especializado, división del trabajo y dedicación fija a un conjunto de funciones diestramente ejercidas. Si el mecanismo en cuestión suspende su labor o queda detenido por una fuerza poderosa, la consecuencia de ello es un caos para dar fin al cual difícilmente pueden improvisar los dominados un organismo que lo sustituya"⁶.

El pesimismo histórico de Weber se monta sobre una convicción: técnica y democracia son, en principio, incompatibles. El "progreso" es progreso de la razón formal, de los *medios*, del cálculo, a despecho de la racionalidad material, sustantiva, que se orienta por valores.

V

Pero de todas maneras, como corolario de su conferencia ante los oficiales del ejército imperial, Weber reconoce que "todos los obreros serán siempre socialistas de una manera u otra" (II, pág. 252). Y esa reivindicación de la racionalidad sustantiva frente a la instrumental es valiosa, pues coloca la tensión en la historia; al fin, dirá también, la vida consiste en una permanente lucha entre valores.

El problema crucial de toda política socialista es el de la relación que debe establecer entre una "ética de la responsabilidad" que se preocupe por (y busque prever) las consecuencias de su acción y una "ética de la convicción", evangélica, absoluta, sólo preocupada por los fines últimos. La política, como drama, transcurre en medio de ese difícil equilibrio. No puede ser sólo "política de poder"; siempre debe existir una "causa" por la que el político lucha. En algún momento, ética y política se entrecruzan. ¿De qué manera? Este es el tema que recorre en forma turbulenta las páginas finales de "La política como vocación" hasta transformar a ese texto, que comienza con el tono frío del discurso académico, en el

desborde testimonial de una conciencia desgarrada sobre la que se dibuja la silueta de Nietzsche⁷.

El medio decisivo de la política es, para Weber, la violencia: "quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el poder y la violencia ha sellado un pacto con el diablo, de tal modo que ya no es cierto que en su actividad lo bueno sólo produzca el bien y lo malo el mal sino que frecuentemente sucede lo contrario. Quien no ve esto es un niño políticamente hablando" (II, pág. 358).

El camino de la política no es el más indicado para "la salvación del alma", porque la ética que debe regirlo es la de la responsabilidad, no como negación abstracta de las convicciones sino como capacidad madura para evaluar las consecuencias y poder decir, en determinado momento: "no puedo hacer otra cosa; aquí me detengo". No hay una teleología que me proteja y me absuelva: no es cierto que "lo bueno" produzca inevitablemente "el bien". La historia no obedece a un sólo dios sino que es el resultado de un "politeísmo de los valores". Es una posibilidad y no un destino. Al derrumbar toda idea de progreso, su escepticismo y su relativismo abren las puertas a la voluntad.

En "La ciencia como profesión", conferencia contemporánea a "La política como vocación", dice Weber que la creciente racionalización cuyo resultado es la especialización del saber, de ningún modo significa para el individuo un mayor conocimiento de sus convicciones de vida: un salvaje sabe mucho más sobre los instrumentos que utiliza en su vida cotidiana que un universitario sobre los suyos. Lo que en realidad trae el desarrollo de la intelectualización es una expulsión de lo mágico del mundo: en eso consiste "el progreso". Pero, se pregunta, ¿tiene ese progreso algún sentido que vaya más allá de lo puramente técnico? No lo tiene: nadie —"salvo los niños adultos que se

⁶ *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, tomo II, pág. 741.

⁷ Sobre este texto de Weber y las tensiones personales que lo cruzan, ver el sugerente ensayo de Daniel BELL: "El gran inquisidor y Lukács", publicado en *Vuelta*, vol. 5, N° 57, México, agosto de 1981.

encuentran en las universidades"— puede creer que la ciencia pueda enseñarnos algo sobre el sentido del mundo. La ciencia lo más que puede hacer es ayudar a plantear correctamente los problemas, pero jamás podrá resolver una contienda entre sistemas de valores, "una lucha entre dioses antagónicos".

Al lugar, al que lleva finalmente "el progreso" es a la burocratización, a "la jaula de hierro", al "espíritu congelado", al "desencantamiento del mundo".

Por eso la simple y final pregunta de Weber es ésta: ¿cómo es posible, en presencia de esa tendencia hacia la burocratización salvar todavía algún resto de libertad, de movimiento individual en algún sentido?" (I, pág. 88).

La respuesta —dice— no la podría dar un profesor sino un profeta, pero no hay ya protestas: nuestro tiempo es el del desencantamiento del mundo. No podemos esperar la llegada del Mesías; sólo resta actuar, cada día, descubriendo y obedeciendo al demonio que llevamos dentro y que maneja los hilos de nuestra

vida. La política es uno de los campos —¿el crucial?— para esa lucha, siempre que se la entienda como combinación "de pasión y mesura", de convicción y responsabilidad. En el patético final de "La política como vocación" en el que predice, para una Alemania colocada diez años después de sus palabras, un triunfo de la reacción ("una noche polar de una dureza y una oscuridad heladas"), por los errores cometidos por quienes no supieron someter sus convicciones a la responsabilidad, sigue pensando que "es completamente cierto y así lo prueba la historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez" (II, pág. 363). Es la política, siempre, pese a todo, la que otorga la gracia de poder luchar contra el desencantamiento: "sólo quien está seguro de no quebrarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado estúpido o demasiado abyecto para lo que él le ofrece; sólo quien frente a todo esto es capaz de responder con un 'sin embargo'; sólo un hombre construido de esa forma tiene vocación para la política" (II, pág. 364).

que fue Wright Mills) y fue esa lectura la que determinó la relación que con Weber mantuvieron, desde mediados de los cincuenta, las ciencias sociales latinoamericanas una vez superada su prehistoria, cuando el filtro era peor: el de los pensadores irracionales alemanes difundidos por la cultura falangista española.

Lo que hay que agradecer y potenciar de este actual relanzamiento de Weber es que, desde la mirada que hacia él está dirigiendo cierto posmarxismo, se puede construir una de las lecturas más productivas sobre la crisis contemporánea.

II

La edición en español de la mayor parte de sus escritos políticos¹ aparece como de importancia decisiva para ese redescubrimiento. Como ha señalado Raymond Aron, si bien Weber fue hombre de ciencia y no hombre político ni de Estado, "no dejó nunca de experimentar una especie de nostalgia de la política como si la finalidad última de su pensamiento hubiera debido ser la participación en la acción"². Sus *Escritos políticos* expresan esa dimensión y están cargados por una explícita dimensión valorativa: ellos, como dice el propio Weber en uno de los trabajos publicados en esta recopilación, no pretenden "acogerse bajo la autoridad protectora de ninguna ciencia". Esta actitud preside toda la visión weberiana sobre la política y marca una premisa de su análisis: la elección entre compromisos básicos no puede realizarse con los instrumentos de la ciencia. Ella puede opinar sobre los medios pero no sobre los fines últimos, que siempre están sostenidos sobre valores. Esta es una piedra básica de su concepción expresada en el famoso ensayo de 1904 con que abre su participación como director del *Archiv für Socialwissenschaft und Socialpolitik*: "Una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué debe hacer sino únicamente qué puede hacer y en ciertas circunstancias que quiere"³. En otras palabras: la validez de los juicios éticos, viene a decir Weber en clave kantiana, no puede ser establecida científicamente.

Reflexión política, análisis histórico y preocupación epistemológica no marchan en Weber por carriles separados sino que conforman un sólo haz problemático,

aunque, como es obvio, esa unidad deba ser reconstruida. Así, sus *Escritos políticos* resultan imprescindibles para entender sus trabajos metodológicos y su obra teórica. Los temas más puntuales que recorren su preocupación política son limitados y reaparecen obsesivamente: la formación de un liderazgo político capaz de consolidar a Alemania como potencia; la relación con el socialismo (y ya no sólo con Marx o con el marxismo teórico); la crítica a la ingenuidad del liberalismo jusnaturalista; el temor frente a la "jaula de hierro" creada por la creciente burocratización de la vida y la búsqueda de proyectos capaces de moderar ese avance indetenible de la mecanización, de "la parcelización del alma". Todo ello en el cuadro de un fundamental pesimismo de la inteligencia, compensado por una secreta confianza en la voluntad innovadora de los hombres.

Hay una progresión de sus escritos que admite, sin embargo, un dramático punto de quiebre: la derrota alemana en la Primera Guerra y el ciclo de crisis y revolución que se abre entonces en Europa. En esta segunda, breve etapa (Weber muere en 1920 a los 56 años) se despliega más elocuentemente que nunca su vocación política hasta el punto de pensar que le sería posible llegar a ser canciller del Reich⁴. En 1895 Weber pronuncia su clase inaugural como profesor titular de la cátedra de economía política en Friburgo. Ese texto, "El Estado nacional y la política económica alemana" —que abre la edición de sus *Escritos políticos*— muestra a un Weber en el ápice de su nacionalismo: sus ideas están formuladas "desde el punto de vista del germanismo" porque "el criterio de valor del economista alemán (no puede) dejar de ser alemán". Lo que le preocupa a Weber es la crisis de dirección

¹ Max WEBER: *Escritos políticos*, dos tomos, Folios Ediciones, México, 1982.

² En el prefacio a *El científico y la política*, Alianza, Madrid, 1968, pág. 9.

³ "La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y la política social" (1904), en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973, pág. 44.

⁴ Así, al menos, lo consigna su viuda. Cfr. Marianne WEBER: *Max Weber, a biography*, Wiley and Sons, New York, 1975, págs. 622/23.